

El muro

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Die Wand*

En cubierta: © linephoto / iStock / Getty Images

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ullstein Buchverlage GmbH, Berlín

Publicado originalmente en 1968 por Claassen Verlag

© De la traducción, Genoveva Dieterich

© Ediciones Siruela, S. A., 2025

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-10415-68-3

Depósito legal: M-3.504-2025

Impreso en Gráficas Dehon

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Marlen Haushofer

EL MURO

Traducción del alemán de
Genoveva Dieterich

 Siruela

Nuevos Tiempos

Hoy, 5 de noviembre, comienzo mi informe. Relataré todo con la mayor exactitud posible. Aunque ni siquiera sé si hoy es verdaderamente el 5 de noviembre. Durante el invierno pasado perdí unos cuantos días. Tampoco puedo precisar el día de la semana. Pero no creo que sea demasiado importante. Tengo que basarme en notas escuetas, escuetas porque nunca pensé en escribir este relato y me temo que en mis recuerdos las cosas serán diferentes a como yo las viví.

Este defecto es, sin duda, característico de todos los relatos. No escribo por placer; sencillamente he de escribir si no quiero perder la razón. No hay nadie que piense o decida por mí. Estoy sola por completo y tengo que intentar sobrevivir a los largos y oscuros meses del invierno. No cuento con que estas notas sean encontradas alguna vez. En este momento no sé siquiera si lo deseo. Quizá lo sepa cuando las haya terminado.

Me he propuesto esta tarea para que me libre de mirar fijamente la oscuridad y tener miedo. Porque tengo miedo. Me acecha desde todos los lados, y no quiero esperar a que me alcance y me domine. Escribiré hasta que oscurezca, y este trabajo nuevo y desacostumbrado cansará y vaciará mi cabeza y me adormilará. La mañana no me da miedo, pero temo los atardeceres largos y crepusculares.

Ignoro qué hora será. Quizá las tres de la tarde, más o menos. He perdido mi reloj, aunque hacía tiempo que había dejado de serme útil. Era un diminuto reloj de pulsera de oro, en el fondo, un juguete caro, que nunca indicaba la hora con exactitud. Poseo un bolígrafo y tres lápices. El bolígrafo está casi seco y no me gusta escribir con lápiz. Las letras no se destacan bien sobre el papel. Los tenues rasgos grises se difuminan sobre el fondo amarillento. Pero no tengo otra opción. Escribo sobre el reverso de viejos calendarios y sobre papel de oficina amarilleado. El papel de cartas pertenece a Hugo Rüttlinger, un gran coleccionista y un hipocondriaco.

Este relato debería empezar con Hugo, pues sin su afán coleccionista y su hipocondría yo no estaría hoy aquí (probablemente estaría ya muerta). Hugo era el marido de mi prima Luise y un tipo bastante rico. Su fortuna provenía de una fábrica de calderas, calderas muy especiales que solo fabricaba Hugo. Desgraciadamente, he olvidado en qué consistía la originalidad de estas calderas, aunque me lo explicaron más de una vez. Poco importa. Hugo, en cualquier caso, era tan rico que tenía que concederse algún capricho extravagante. Un cazadero. También hubiera podido comprarse caballos de carreras o un yate. Pero Hugo temía a los caballos y se mareaba en cuanto pisaba un barco.

El cazadero lo mantenía únicamente por razones de prestigio. Su puntería era mala y le repugnaba matar corzos inocentes. Solía invitar a sus socios, y estos cazaban, con la ayuda de Luise y el cazador, las piezas que le correspondían. Mientras tanto, él dormitaba al sol delante del chalet de caza, tumbado en una hamaca y con las manos

cruzadas sobre la tripa. Estaba tan agobiado y cansado que se le cerraban los ojos en cuanto se sentaba en un sillón. Era un hombre descomunal y gordo, perseguido por oscuros terrores y acuciado por todas partes.

Yo le tenía cariño y compartía su afición al bosque y a unos días tranquilos en el chalet. A Hugo no le molestaba que yo trajinara cerca del sillón en el que dormía. Yo daba pequeños paseos y disfrutaba del silencio después de la agitación de la ciudad.

Luise era una cazadora apasionada, una mujer de aspecto saludable, pelirroja, que coqueteaba con todo hombre que se le cruzara por el camino. Como odiaba las tareas domésticas, estaba encantada de que yo me ocupara un poco de Hugo, le hiciera cacao y le mezclara sus innumerables pocimas. Hugo se interesaba de una manera enfermiza por su salud, algo que entonces me desconcertaba, ya que su vida era una carrera desenfrenada, y su único placer, una siestecita al sol. Era muy sensible y, aparte de su energía para los negocios, que debo dar por sentada, temeroso como un niño. Sentía devoción por el orden y la perfección y solía viajar con dos cepillos de dientes. Poseía varios ejemplares de cada objeto de uso, lo que parecía transmitirle cierta seguridad. Por lo demás, era bastante culto, discreto y un pésimo jugador de cartas.

No recuerdo haber mantenido con él una conversación de alguna importancia. A veces hacía pequeñas incursiones en esa dirección, pero siempre se retiraba prematuramente, quizá por timidez o, sencillamente, porque le costaba demasiado esfuerzo. En cualquier caso, a mí me parecía bien (solo nos hubiera creado malestar).

Por aquel entonces se hablaba mucho de la guerra nuclear y de sus consecuencias, lo que indujo a Hugo a almacenar víveres y otras cosas de primera necesidad en el chalet. Luise, que consideraba carente de sentido su empeño, opinaba enfadada que nos atraería a los ladrones si alguien se enteraba. Seguramente tenía razón, pero este tipo de confrontaciones podía provocar la tozudez intratable de Hugo. Le daban calambres y taquicardia hasta que Luise cedía. En el fondo, a ella le daba completamente igual.

El 30 de abril los Rüttlinger me invitaron a ir con ellos al chalet de caza. Yo entonces llevaba dos años viuda, mis dos hijas eran casi adultas y disponía a mi gusto de mi tiempo. En realidad, hacía poco uso de mi libertad. Siempre fui persona sedentaria y donde mejor me sentía era en casa. Raras veces, sin embargo, rechazaba las invitaciones de Luise. Amaba el chalet y el bosque y soportaba a gusto el viaje de tres horas en automóvil. También aquel 30 de abril acepté la invitación. Íbamos a pasar allí tres días sin otros invitados.

El chalet de caza es en realidad una cabaña de madera de dos pisos, construida con troncos macizos, que aún hoy está bien conservada. En la planta baja se encuentran la gran cocina-cuarto de estar al estilo campesino, un dormitorio y un cuartito. En el primer piso, rodeado de un balcón de madera, hay tres habitaciones para los invitados. En una de ellas, la más pequeña, estaba yo instalada. A unos cincuenta pasos de la casa, en una ladera que desciende sobre un arroyo, se halla una pequeña cabaña para el cazador y, junto a ella, en la misma carretera, está el garaje de tablas que hizo construir Hugo.

Viajamos, pues, tres horas en automóvil y paramos en el pueblo para recoger al perro de Hugo en casa del cazador. El perro, un sabueso bávaro, se llamaba Lince y, aunque era propiedad de Hugo, se había criado con el cazador, que también se había encargado de adiestrarlo. A pesar de ello, el cazador había conseguido que el perro reconociera a Hugo como su amo. A Luise, por el contrario, la ignoraba, no la obedecía y la rehuía. A mí me trataba con amable indiferencia, aunque le gustaba estar cerca de mí. Era un animal magnífico, con pelo oscuro, de un castaño rojizo, un excelente cazador. Nos entretuvimos charlando con el cazador, y se decidió que la tarde siguiente él iría a cazar con Luise. Ella tenía la intención de cazar un corzo, cuya veda terminaba precisamente el 1 de mayo. La conversación se alargaba, como suele suceder en el campo, y hasta Luise, que no solía tener mucha comprensión, frenaba su impaciencia para no indisponer al cazador, cuyos servicios iba a necesitar.

Llegamos al chalet hacia las tres. Hugo se dedicó inmediatamente a transportar las vituallas del coche a la despensa, junto a la cocina. Yo preparé café en el infiernillo de alcohol, y después de la merienda, cuando Hugo ya daba cabezadas, Luise le pidió que la acompañara de nuevo al pueblo. Era pura maldad por su parte, pero lo planteó con mucha habilidad, aduciendo que el ejercicio era fundamental para la salud de Hugo. Hacia las cuatro y media lo había convencido y emprendió la marcha con él, encantada de la vida. Yo sabía que acabarían en la posada del pueblo. A Luise le gustaba tratar con los leñadores y los jóvenes campesinos, y nunca se le pasó por la cabeza que los avispados muchachos se reían de ella a escondidas.

Recogí la mesa y colgué mi ropa en el armario. Cuando terminé, me senté en el banco de la puerta, al sol. Era un día radiante y cálido. Según el parte meteorológico el tiempo se anunciaba bueno. El sol ya caía oblicuo sobre los abetos y pronto se pondría. El chalet se halla en una pequeña hon-donada al final de un desfiladero, rodeado de imponentes montañas.

Estaba sentada recibiendo en la cara los últimos rayos de sol cuando vi volver a Lince. Probablemente había desobedecido a Luise, y esta lo había mandado a casa castigado. Vino a mí, me miró preocupado y apoyó su cabeza en mi rodilla. Así permanecimos un rato. Yo lo acariciaba y le decía buenas palabras, convencida de que Luise lo trataba de manera completamente equivocada.

Cuando el sol desapareció tras los abetos, refrescó y el claro del bosque se llenó de sombras azuladas. Entré en casa con Lince, encendí el fogón grande y comencé a preparar una especie de arroz con carne. No estaba obligada a hacerlo, pero yo misma tenía apetito y, además, sabía que Hugo prefería una verdadera cena caliente.

A las siete mis anfitriones aún no habían regresado. En el fondo era improbable; yo contaba con que no aparecieran antes de las ocho y media. Di, pues, de comer al perro, comí un poco de arroz con carne y me puse a leer a la luz de la lámpara de petróleo los periódicos que había traído Hugo. En el calor y el silencio me invadió el sueño. Lince se había retirado al rincón de la estufa y resoplaba suavemente, satisfecho. Hacia las nueve decidí irme a la cama. Cerré la puerta y me llevé la llave a mi cuarto. Estaba tan cansada que me dormí enseguida, a pesar del edredón húmedo y frío.

El sol sobre mi cara me despertó y me recordó la tarde anterior. Como solo disponíamos de una llave del chalet —la otra estaba en casa del cazador—, Luise y Hugo tenían que haberme despertado al volver a casa. En bata bajé corriendo la escalera y abrí la puerta. Lince me saludó impaciente y salió disparado al exterior. Entré en el dormitorio, segura de no encontrar a nadie allí, pues la ventana estaba enrejada y, aunque no lo hubiera estado, Hugo nunca habría cabido por ella. Las camas estaban naturalmente sin tocar.

Eran las ocho. Sin duda Hugo y Luise se habían quedado en el pueblo. Me sorprendió bastante. Hugo odiaba las camas excesivamente cortas de la posada; además, no habría sido tan descortés como para dejarme pasar sola la noche en el chalet. No me explicaba lo sucedido. Volví a mi cuarto para vestirme. Aún hacía fresco, y el rocío brillaba sobre la carrocería del Mercedes negro de Hugo. Hice té y me calenté un poco; luego me puse en camino hacia el pueblo acompañada de Lince.

Apenas noté el frío y la humedad del desfiladero porque iba dándole vueltas a lo que podría haberles sucedido a los Rüttlinger. Quizá Hugo había sufrido un ataque al corazón. Como a menudo sucede con los hipocondriacos, nunca nos habíamos tomado en serio sus achaques. Apreté el paso y ordené a Lince que fuera por delante. Ladrando alegremente salió corriendo. No había pensado en ponerme los zapatos de montaña y lo seguí dando traspiés entre las piedras puntiagudas.

Cuando por fin llegué a la desembocadura del desfiladero oí a Lince aullar lastimeramente, como asustado. Rodeé un montón de leña que me cerraba la vista y allí estaba

Lince quejándose. De su hocico goteaba saliva rojiza. Me incliné hacia él para acariciarlo. Tembloroso y lloriqueando se apretó contra mí. Seguramente se había mordido la lengua o golpeado un diente. Lo animé a seguir caminando conmigo, pero, con el rabo entre las piernas, Lince me cerró el paso y me empujó hacia atrás con su cuerpo.

Yo no comprendía lo que le asustaba tanto. La carretera salía en este lugar del desfiladero y, en la medida en que yo la abarcaba con la vista, se extendía desierta y pacífica bajo el sol matutino. Impaciente, aparté a un lado al perro y seguí adelante sola. Por fortuna iba despacio gracias a la interferencia del perro, porque a los pocos pasos choqué con la frente contra un obstáculo y retrocedí unos pasos tambaleándome.

Lince comenzó de nuevo a quejarse y a pegarse a mis piernas. Aturdida, extendí la mano y toqué algo liso y frío: una resistencia lisa y fría allí donde solo podía haber aire. Lo intenté otra vez con aprensión y de nuevo mi mano se posó sobre algo parecido al cristal de una ventana. Entonces oí unos latidos fuertes y me volví antes de comprender que se trataba de mi propio corazón, que latía estrepitosamente en mis oídos. Mi corazón había sentido temor antes de que yo lo tuviera.

Me senté en un tronco de árbol al borde de la carretera e intenté analizar la situación. No lo conseguí. Era como si todas las ideas me hubieran abandonado de golpe. Lince se acercó cabizbajo y su saliva ensangrentada cayó sobre mi abrigo. Lo acaricié hasta que se tranquilizó. Y luego los dos miramos hacia la carretera, que brillaba tranquilamente bajo la luz de la mañana.